



En estos **días**

Hay veces que te alcanzan los días tristes. El sol que podría arreglarlo lo empeora, crea sombras alargadas, fantasmagóricas para ti, en estos días.

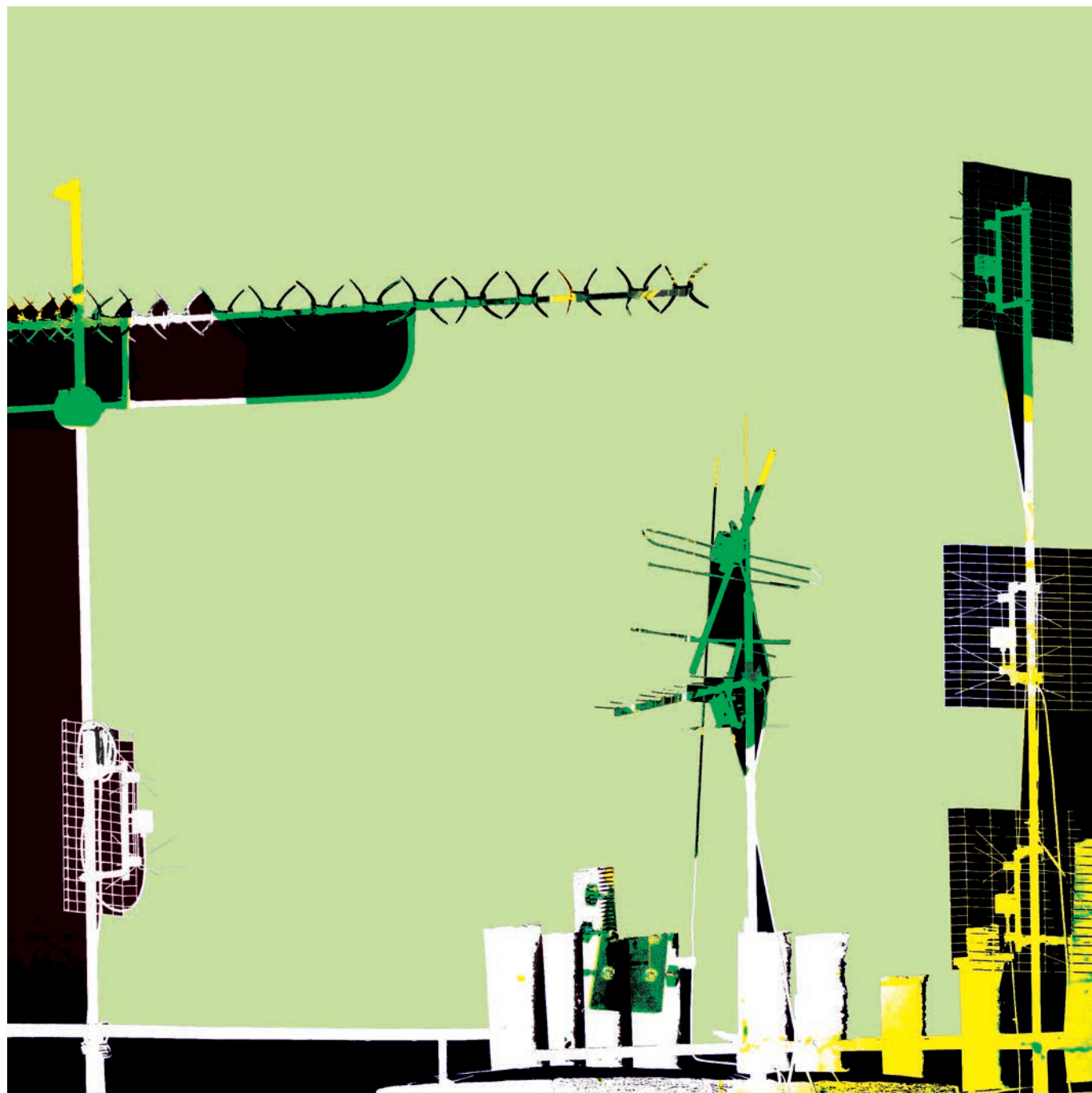
No hay sonrisa que te levante, no las ves. Llantos de niños que no consiguen dormir, llantos de padres meditados que carrear las aceras grises de su barrio buscando alguna respuesta, decoran el paisaje oscuro y turbio que te fabricaste, en estos días.

La lluvia te viene de todos lados, empaapa tus claros, encharca las calles para tus gastadas botas de suelas resbaladizas y se mezcla con el viento revolviendo tus entrañas, en estos días.

Nunca parecen terminar. Se meten en tu fondo, en lo más profundo, como un índice lo hace en la herida. Te hurgan buscando dolerte, en estos días.

Luego se esfuman como si nada, dejándote exhausto, ante las nubes o el sol. Florece algo que había muerto y todo parece recobrar sentido de nuevo, hasta la siguiente embestida,

en esos días.



Delgada, pequeña, **pelirroja y seria.**

"Vivo en un ático", decía el desgraciado.

Aquello de ático solo tenía el nombre que le pusieron en el anuncio de internet, porque en realidad era como un palomar. Un loft de treinta y dos metros cuadrados con su techo maldito de uralita y una puerta de chapa que para nada podía proteger lo poco de valor que pudiera haber allí dentro.

Todas las mañanas, sobre la una, Willy salía de aquel agujero y se tiraba a la calle con su acústica. Se tomaba un café cargado, la droga más blanda a la que era aficionado, y terminaba de espabilarse allí mismo en el bar.

Había salido de San Luis, su pueblo, hacía ya dos años, para buscar oportunidades en la música, o en la obra, lo que fuese, con tal de alejarse de ese infecto lugar en el que perdió los veintiocho primeros años de su vida. Pero la cosa no marchaba mejor allí, la gran ciudad se lo estaba comiendo, lo estaba empujando a la indigencia, convirtiéndolo poco a poco en un invisible más, destrozando su juventud y su futuro.

Apenas tenía oportunidades de desarrollar su faceta de músico, más que lo de tocar en la calle, que le daba para mal comer, para el cartón de vino y pagar, a duras penas, el "ático".

Una tarde de un mal día, mientras interpretaba 'Wish You Were Here' de Pink Floyd, una chica se plantó frente a él. Willy Tenía los ojos cerrados, aunque no lo suficientemente fuerte como para retener aquel amasijo de lágrimas, que caían arrítmicas sobre el cuerpo de su vieja Seagull. Estaba tocando fondo, se sentía solo, abandonado y ya no esperaba nada del destino. Tampoco esperaba encontrar nada esperanzador cuando dio el último acorde y abrió los ojos. Lo normal hubiese sido ver paseantes indiferentes, su sombrero en el suelo, delante de él, con dos o tres monedas que él mismo colocaba como reclamo, y quizás algún quinceañero que conociese el tema por su viejo, y al pasar le regalara una media sonrisa. Pero no, allí, detrás de su vista borrosa por la llantina, apareció una chica delgada, pequeña, pelirroja y seria. Lo mi-

raba, profundamente concentrada.

— Ha sido precioso.

Willy se secaba los ojos y la miró, como si ella fuese un espejismo, una alucinación.

— ¿De verdad? ¿Te ha gustado?

— Siempre me gusta como tocas. Me encanta la segunda que haces cada día, pero esta ha sido sublime, he notado las vibraciones de tu corazón, las pulsaciones de tu garganta, incluso tu grito de auxilio.

«¿Cada día?, ¿pero cómo es posible?», pensó Willy.

— No puedes abandonar ahora — continuó — es el momento de virar y confiar en ti. Supondrá un esfuerzo, pero lo conseguirás. Ven mañana temprano, con la voz caliente y bien despierto, fúndete con tu guitarra y da lo mejor de ti. Toca tus canciones y no pares hasta que no te mantengas en pie.

— Pero ¿Quién eres tú? ¿Por qué me di....?

Preguntaba, al tiempo que un desalmado con traje y corbata, pasó por entre los dos interrumpiendo la conversación. Willy, enfadado, lo siguió con la mirada, con la misma que intentaba sin éxito pedirle explicaciones por su mala educación. Pero el hombre iba enfrascado en sus asuntos y ni siquiera percibió los dos ojos marrones que lo taladraban por la espalda.

Cuando volvió a ella, ya no estaba. Se había esfumado. La buscó, poniéndose de puntillas para mirar por encima de la gente que iba y venía, pero nada. Agarró la guitarra y el sombrero y recorrió las calles cercanas esperando encontrarse con la chica y pedirle explicaciones. Pero no lo consiguió.

Ese día, de vuelta a casa, no se paró en el parque a beber vino con los que se habían convertido en su familia, con aquellos otros invisibles desesperanzados como

él con los que compartía a diario desilusiones y fracasos. Tomó otro camino y se fue derecho a su agujero, que, al fin y al cabo, aunque era sucio y pequeño, era nido y no madriguera y desde allí podía ver cada noche el cielo de la ciudad, y las estrellas.

Se preguntaba si lo que había ocurrido había sido real y si debía prestarle atención. No lo tenía nada claro, pero el pensamiento seguía ahí. Lo persiguió toda la tarde.

Al anochecer, mientras se fumaba en su hamaca un pequeño cogollo de marihuana que alguien le dio, decidió con firmeza, y hasta ilusión, hacer caso a la chica. Cogió papel y boli, y se preparó un *set list* de veintidós canciones, todas compuestas por él. Algunas eran arriesgadas porque hacía tiempo que no las tocaba, aunque después de darles un repaso vio que podía afrontarlas sin mayores problemas.

Cogió un despertador y, tras comprobar que funcionaba, programó la alarma para las seis de la mañana. También abrió las cortinas, con la idea de que si fallaba aquel viejo cacharro de campanas, fuera el sol quien lo despertara. Tenía un propósito y eso ya le estaba proporcionando algo de satisfacción. Para su sorpresa, cayó dormido mucho antes de lo que esperaba. Sin el vino la cosa se presentaba fea, ¡demasiada lucidez como para ir a la cama a una hora medio normal!

La noche fue una nebulosa de sueños extraños en los que aparecía la chica de cabellos rojos. Corría tras ella, pero siempre escapaba. De pronto estaba a su lado y decía “confía en mí” y volvía a desaparecer entre una masa de gente que intentaba ocultarla. Unos sueños parecían pesadillas, pero otros eran suaves y relajantes, en los que se sentía pleno como nunca antes había experimentado y en los que ella le sonreía, y le tomaba la mano para que flotara a su lado. Uno de estos sueños lo llevaron a despertar a las cinco y cuarenta y cinco de la madrugada. No hizo falta despertador, ni esperar al sol. Dio un salto y se puso en marcha. Estaba enérgico, y aunque la sombra de la duda de si estaba atendiendo a los desvaríos de una chiflada sobrevolaba su cabeza, prefirió seguir adelante y hacer lo que ella le propuso. No tenía nada que perder.

Duchado, afeitado, con ropa limpia y bien desayunado, cogió a su amiga, que des-

cansaba en la funda, y se fue como cada día en dirección a la calle Mastreta. Esta vez mucho más temprano de lo habitual y con un brillo diferente en la mirada. Sentía algo parecido a la felicidad, estaba preparado y orgulloso de haberse decidido a buscar una vida mejor, si era eso lo que estaba haciendo.

Giró en la avenida y más adelante tomó la peatonal que desembocaba en su “lugar de trabajo”. Era una calle de comercios, que no cobraba vida hasta que se acercaban las diez, y que cuando lo hacía era un hervidero de personas que cruzaban sus caminos. Unos iban de compras, otras a la oficina. Repartidores, proveedores, jubilados y adolescentes que se saltaban las clases del instituto se diluían, se derramaban por las numerosas tiendas y los laberínticos callejones aledaños.

Hizo algo de tiempo para no empezar demasiado temprano y molestar a los pocos vecinos que por allí vivían. Se dedicó a calentar su garganta, ejecutando esos ejercicios ridículos que un colega le enseñó. A la vez digitaba con su mano izquierda sobre las cuerdas de latón, que hubiesen rajado los dedos de cualquier novato. Escuchó las campanas de la iglesia marcando las diez y decidió que era el momento.

Con la guitarra colgada sobre su hombro derecho, el pelo recogido en una coleta, plantado con las piernas entreabiertas y con el temple sereno de quien ha descansado, tomó aire y se lanzó convencido a vomitar sus veintidós amadas creaciones.

Comenzó haciendo vibrar las cuerdas en el arpegio de ‘Al final del río’. Cuidaba la dinámica, acariciando desde la quinta a la tercera durante cuatro compases, que lo llevaron al puente y después al suave estribillo, que no se jactaba de serlo. Sus ojos cerrados no eran cárcel de ningún llanto como el día anterior, al contrario, sonreían. Unas arruguillas, que ninguno de sus amigos invisibles conocían, se paseaban por la calle Mastreta, susurrando en cada oído que tuvo la suerte de caminar esa mañana por allí.

Así llegó al segundo tema, el preferido de la chica pelirroja, y lo bordó, igual que el anterior. Interpretaba las canciones como sumido en un trance que sólo le dejaba disfrutarlas. No pensaba en si debía ocurrir algo extraordinario, no escuchaba el choque

de las numerosas monedas que se agolpaban unas sobre otras en su, cada vez más pequeño, sombrero. Ni pensaba en si estaría cerca aquella pecosa mujer que, desde el día anterior, había revolucionado sus entrañas.

Una hora y cuarenta y seis minutos después terminó con la última canción.

Aún mantenía los dedos sobre la tercera cuerda, donde había improvisado un *bending* final perfectamente afinado, cuando empezó a volver en sí. Estaba mareado. Sudaba. Sus piernas temblaban, sus dedos ardían y su corazón sobrecitado comenzaba a bajar lentamente de revoluciones. Cada vez entendía mejor lo que estaba sucediendo. El murmullo se hacía más y más grande, alcanzado su volumen real al mismo tiempo que abría sus ojos dubitativos de par en par. Frente a él, aplaudiendo, silbando, vitoreando, había un público emocionado. El cartero que nunca se decidía a parar, una familia de turistas belgas, un grupo de punkis que rozaban los treinta, una señora conmovida con su pañuelo de tela en la mano, un señor invidente y sonriente con su perro que no dejaba de mover la cola, dos jovencitas de chándal y chicle, el hombre trajeado que hizo desaparecer a la chica de cabellos rojos y unos obreros con cascos amarillos, formaban la primera fila que lo rodeaba. Se acercaban a darle la enhorabuena, le preguntaban si tenía discos propios para vender y le agasajaban con piropos de toda clase. Un nudo ahogaba su garganta y como podía, iba contestando y agradeciendo a unos y otros.

Besó a su guitarra antes de guardarla y comenzó a recoger las monedas y billetes mientras agradecía aún, con un movimiento de cabeza propio de cualquier japonés decente. Su variopinto público empezó a marcharse como si de una coreografía se tratase, dejando ver al fondo a dos personas que, de la mano, esperaban quietas y emocionadas.

Una era esa chica delgada, pequeña, pelirroja y seria.
La otra, con los ojos inundados, era su madre.

FIN

enCorto

Interminable si no

Miro la lista, buscando ansioso. Hago *scroll*, hasta abajo, hasta el fondo. Que no se termine. Que aparezca mi nombre. Mis ojos recorren las letras. Siguen buscando al ritmo de mi dedo en el ratón, casi cazados por este. Aún no se ha acabado. Espero encontrarlo. Rastreo. Tiene que aparecer. No me detengo. Husmeo. Exploro. Que sea interminable si no.

No suelta prenda

Te acercas a mirar asustado a través del agujero en la pared, como si lo que vas a ver se te pudiera clavar en el ojo. Encuentras al futuro al otro lado, pero no dice nada, no suelta prenda. Y tú, con preguntas, y con tu ansiedad. Te retiras, pero el agujero no. Puedes volver a mirar, pero las respuestas no están allí. Ya lo sabes, estás ansioso, pero el futuro no suelta prenda.

El vagabundo y el autobús

El vagabundo está sentando en la parada del autobús, haciendo como que va a algún sitio. Sintiéndose por un momento como uno más de la cadena. Viviendo una feliz alucinación. Luego, al sufrir las miradas de desprecio de los usuarios prioritarios de la marquesina, esos que le darán un uso realmente importante al asiento, despierta y la tristeza de golpe le regresa.

Como si fueras gente aburrida

Se encendió la noche que ya nunca incendiabas. Parecía otra cosa, como si no encajaras en la noche con gente, como si fueras gente aburrida. Subiste a donde nadie te veía, pero donde cualquiera podía verte. Ya no gritaste, ya no hacía falta. Con la escalera plegada y con la sonrisa tranquila, volviste a tu cama. Al lugar donde ahora mejor te sale esperar la llegada del día.

Mañana

Mañana romperé el molde.
Romperé el molde y escaparé.
Ya está bien de revolverme dentro,
ya está bien de claustrofobia.
Escaparé y evitaré meterme en otro igual
pero de distinto aspecto.
Viviré a la intemperie, estiraré los brazos,
las piernas y la mente.
Ya no habrá más moldes para mí.
Ya no seré más el relleno.
Ya no habrá más funda que me atrape,
ni piel falsa que me retenga.

Si eso, tengo mi trebol

Si hablas de la guerra,
me convierto en refugiado.
Si llega hasta mi el Covid,
dejaré de olerte.
Si hablan de la siesta,
se me escapan los bostezos.
Si defiendes la violencia,
me salen cardenales.
Si la que habla es la iglesia,
saco las palomitas.
Si he dejado de quererme,
cambio rápido el espejo.
Si el viento me empuja muy, muy fuerte,
abro grande las alas
y con mi trebol en la mano
me abandono a mi suerte.

El sentido de su marcha

Andaba desesperada, buscando en cada esquina, detrás de cualquier cosa que tuviera un detrás. Escudriñando los entretechos y los bajo suelos. Escalaba las paredes hacia arriba, hacia abajo las bajaba. Rascaba las paredes de papel, descubriendo otros papeles, que lo eran sin textos, ni nada de lo que ella anhelaba. Se durmió, cansada de estar despierta, y así llegó la media mañana y la tarde de un día, que era el primero de lo que ansiaba. Empezaba el uno de los trescientos y pico que volverían a dar impulso a su vida. Entonces ya todo se volvió encuentro y la búsqueda perdió el sentido y el sentido, ya para siempre, fue el de su marcha.

La marchitó

La marchitó.
Regándola con agua falsa.
Escupiéndole dolorosas verdades de las suyas.
Regalándole mentiras que él creía.
La había aplastado sin prisas.
La había enterrado sin tierra.
Matándola cuando estaba viva.
Matándola, incluso,
cuando ya estaba muerta.



El **leoncito** de juguete

El leoncito de juguete rugía sin parar.

Yo sabía a ciencia cierta que estaba retando a mi paciencia y que el final de sus pilas sería mi única salvación. Eso, o levantarme, dejar lo que estaba haciendo y que tan concentrado hasta ese momento me tenía, y enfrentarme a vida muerte con el rey de la selva.

Lo mataré, pensé, pero él era un león y yo solo un hombre desconcentrado.

Fui en su búsqueda igualmente. Lo encontré entre dos muebles, avanzando sin avanzar frente a la pared, como si la pudiera desgastar como estaba haciendo conmigo. Sus rugidos resonaban más fuerte allí tan cerca, y dudé, pero no por mucho tiempo, no podía esperar a que se girase y me descubriera.

Era entonces o nunca.

Sin más, salté sobre su lomo y lo tumbé boca arriba de un solo manotazo. Evitando los mordiscos y las garras conseguí sacarle del pecho sus dos corazones de nueve voltios, congelando su revolverse tan feroz al instante. Con ellos en las manos y con el silencio que me confirmaba como vencedor, solté una carcajada victoriosa, maligna y retorcida, que hubiese avergonzado a mi más fiel seguidor dentro de la unidad familiar.